

su poesía (si es que cabe una expresión así), por sus temáticas tan populares y porque metía cosas de su barrio en sus poemas. No era el tiempo del *rap* y, por lo menos yo, para no arrastrar a otros, no reconocía en lo urbano una fuente de inspiración poética. Para mí, sumergida en las profundidades del surrealismo paisa, tan enterada y enterrada en la poesía maldita que, como dice Sandro Romero en alguno de sus libros puede llegar a ser, en su versión criolla, poesía malita, tan deleitada con la psicodelia, no me había dejado tocar por lo urbano/cotidiano convertido en poesía (claro, ya sé que Bob Dylan lo había hecho, pero...). Igual. Con los años mi mirada sobre la poesía cambió y no fue por leer este ensayo de Víctor Gaviria sobre Helí Ramírez. Sin embargo, ahora, lo leo y sigo entendiendo cosas sobre la poesía urbana, sobre Helí Ramírez y sobre Víctor Gaviria, quien dice esto sobre el trabajo del poeta obrero: “Lo más frecuente entre nosotros es una poesía y literatura que se parecen a poesía y literatura. Siempre será indispensable que alguien escriba con esa espontánea indiferencia del que lo hace simplemente porque tiene algo imperiosamente que decir” (pág. 63).



A los ensayos sobre poesía le siguen las crónicas que, más que serlo en sentido estricto, son cuentos cortos, relatos penetrantes sobre personajes de la infancia y de la adolescencia de Víctor, entre ellos uno recurrente, un tío suyo medio loco y medio raro que habita en un pueblo y toca violín en un instrumento que él mismo construyó. De nuevo, como en todo lo que hace Gaviria, la poesía está presente porque ésta no es solo escribir versos, como algunos creen, sino una mirada sobre el mundo. Otro ejemplo:

Cuando llegó a Liborina un nuevo rector para el Liceo, mi tío, de setenta y dos años, le enseñó alguna noche un pequeño violín que a los quince había hecho por su cuenta. El rector lo tomó entre las manos, lo miró, pero su única expresión fue la de señalar lo viejo que era. Un violín hecho por la fiebre de un adolescente de pueblo, de muestra del diminuto dibujo de un Larousse, que durante meses dio un sonido agradable, merece un comentario más justo. De allí la decisión de mi tío, en adelante, de apenas saludarlo. Decisión que indica una muy sabia susceptibilidad. [pág. 75]

¿El comienzo de otra película de Víctor Gaviria? Bien podría serlo.

De esta forma transcurre el libro: poesía, revelación, brutalidad compasiva, simpleza frente a un mundo complejo, autenticidad en la mirada, arte. Por eso, recomiendo con énfasis que todos aquellos que quieren hacer cine, escribir poesía, redactar crónicas o, en fin, decir algo sobre su mundo interno viendo la realidad externa lean esta magnífica compilación de textos de Víctor Gaviria que Luis Fernando Calderón tan generosamente pone a nuestro alcance.

MÍRIAM COTES BENÍTEZ

Cuando la realidad es tan horrenda que supera la ficción

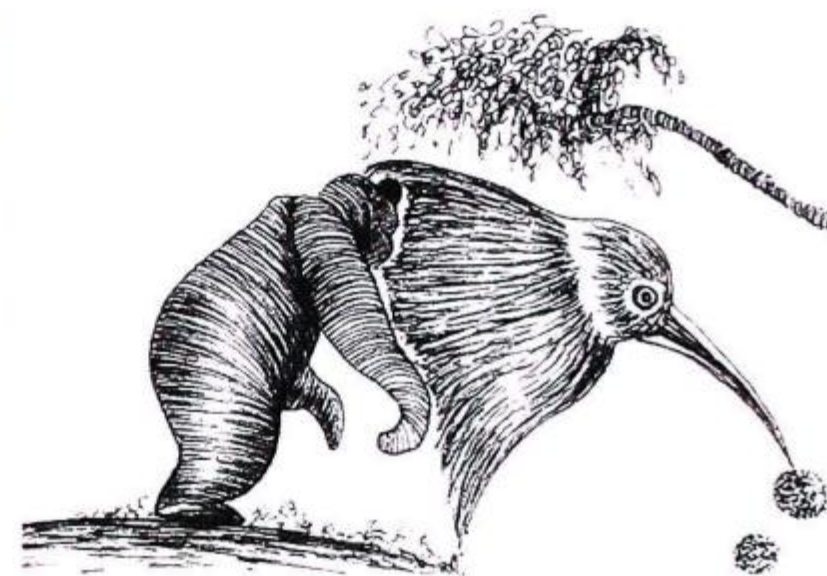
Vivir sin los otros. Los desaparecidos del Palacio de Justicia

Fernando González Santos

Ediciones B, Bogotá, 2010, 166 págs.

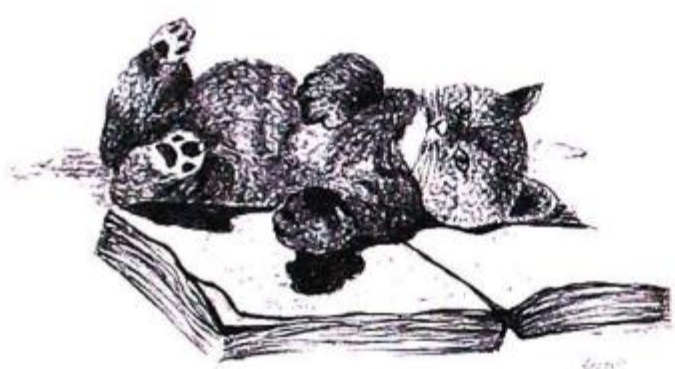
Los acontecimientos del 6 y 7 de noviembre de 1985 en Bogotá forman parte de una de las peores tragedias de la historia reciente de Colombia. Esta tragedia tiene múltiples dimensiones, por la cifra de víctimas, por la

destrucción del Palacio de Justicia, por la impunidad con la que actuaron quienes ordenaron y ejecutaron la retoma militar de las instalaciones, por la censura a los medios de comunicación, por la inacción pusilánime de los altos dignatarios del gobierno de turno —empezando por el presidente de la república—. Algunos de estos aspectos son medianamente conocidos, pero hay otra tragedia, la más cruel de todas, que se proyecta hasta el día de hoy y que sigue sin resolución: la de los desaparecidos del Palacio de Justicia.



Apenas terminó la recaptura violenta del edificio en el centro de Bogotá, se inició el drama, agónico e interminable, de once familias que desde entonces buscan a sus parientes, los cuales trabajaban en la cafetería del Palacio, o la frecuentaban, y desaparecieron el 7 de noviembre de 1985. Esa fría tarde novembrina, como en los tiempos del Tercer Reich, once personas fueron desaparecidas en la Noche de Niebla del olvido. De ellos, nos han quedado sus nombres: Carlos Augusto Rodríguez Vera, administrador de la cafetería; Cristina Guarín Cortés, cajera de la cafetería y licenciada en Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional; David Suspes Celis, chef; Bernardo Beltrán, barman y mesero; Luz Mary Portela León, quien reemplazaba ese día a su madre, que estaba enferma; Héctor Jaime Beltrán, mesero; Gloria Stella Lizarazo, manejaba el autoservicio; Ana Rosa Castiblanco, de 38 años y con embarazo de ocho meses, ha sido la única cuyos restos fueron identificados en una fosa común de Bogotá, el 7 de julio de 2001.

Junto con estos trabajadores de la cafetería, desaparecieron, además, Norma Constanza Esguerra, proveedora de pastelería; Gloria Anzola de Lanao, una abogada que solía estacionar su automóvil en el parqueadero del Palacio de Justicia, y Lucy Amparo Oviedo de Arias, que esa mañana tenía concertada una cita con Alfonso Reyes Echandía, y lo esperaba en la cafetería. Estas once personas se suman a los de miles de colombianos que han desaparecido en los últimos decenios en este país. Lo peor de todo radica en que pese a la magnitud de ese drama, sobre el mismo reinan el silencio, la ignorancia, el olvido y la impunidad.



Por esa razón, todas las investigaciones, escritos y productos culturales que apunten a recordarnos la magnitud de la desaparición forzada en Colombia son de indudable valor. Eso es lo que sucede con el libro del joven escritor Fernando González Santos, quien nos brinda una reconstrucción novelada del drama de los desaparecidos del Palacio de Justicia. Estamos ante un libro bien escrito, con una prosa sencilla y directa, sin innecesarios giros lingüísticos, que se basa en una rigurosa y profunda investigación documental, lo que se nota en la precisión de los detalles relacionados con los sucesos del Palacio de Justicia, que coinciden punto por punto en forma minuciosa con los mejores análisis históricos y periodísticos que se han escrito al respecto. Desde este punto de vista, el texto podría verse como una investigación histórica o como una crónica periodística, que ha sido escrita de una forma meticulosa y fiel con respecto a los acontecimientos históricos. Pero, por supuesto, el libro es más que eso, porque junto a la veraci-

dad histórica se encuentra la reconstrucción literaria, muy bien lograda por lo demás, del drama vital de uno de los desaparecidos del Palacio de Justicia, que en la novela aparece con el nombre de Ramiro Díaz, que corresponde en la vida real a Héctor Jaime Beltrán. Alrededor de este personaje se desarrolla la trama del relato histórico y novelado sobre los desaparecidos, al describir los pormenores de su vida personal y cotidiana hasta el fatídico día en que desapareció a la luz del día de los escombros del Palacio y fue llevado, primero, a la Casa del Florero y, luego, a una instalación militar, donde murió a consecuencia de las torturas a que fue sometido.

El relato es tan fidedigno que nos encontramos ante algo así como, lo que en el siglo XIX se llamaba, un cuadro costumbrista, como cuando se relataba la vida cotidiana de los peones en las haciendas, o ante un cuento realista, como los de Máximo Gorki. Estas comparaciones no pretenden, ni mucho menos desvalorizar el trabajo que nos regala Fernando González Santos. Simplemente, recurrimos a esas comparaciones para resaltar la labor casi detectivesca y fiel a los hechos que ha realizado este joven escritor, lo cual no impide que emplee la imaginación para describirnos lo que sucedió a Ramiro Díaz desde el momento en que un comando del M-19 incursionó en las instalaciones del Palacio de Justicia, pasando por las interminables veintiocho horas que vivieron las personas que quedaron mortalmente prisioneras en su interior, hasta llegar a los momentos posteriores de su captura ilegal, de su tortura y de su muerte. Al narrarnos este drama, González Santos nos muestra la torpeza y estrechez de miras de lo que podemos llamar la “lógica castrense” que no podía concebir que los trabajadores de la cafetería estuvieran allí el día de la toma del Palacio porque cumplían con su deber de trabajadores, sino que eran “subversivos disfrazados”. Esa “lógica castrense” solo podía proceder mediante la violen-

cia para destruir a quienes consideraba como sus enemigos. El carácter torpe y pedestre de esa “lógica castrense” se expresa en las palabras de un militar que aparece en la novela:

“—¿No le parece raro, señor, que su hija siendo socióloga se haya encargado de la registradora de un restaurante? ¿Y no es más raro aún que quien les vende pasteles sea una doctora con estudios internacionales?”. Y el mismo militar, coronel para ser más precisos, le dijo a otro de los familiares:

“—Pues en este sitio no tenemos a nadie que haya salido del Palacio de Justicia. Y si ustedes no sabían, les informo de una vez que *los que dicen ser trabajadores de la cafetería son guerrilleros y nos quieren echar la culpa a nosotros. ¿Por dónde creen que entraron los uniformes y las municiones?*”



El coronel cerró la conversación diciendo:

“—Dejen más bien de buscarlos porque ellos cogieron fue para el monte” (pág. 65, resaltado nuestro).

Magistral y contundente, porque en esas pocas frases está resumida la “lógica castrense” que no sabe nada de desempleo ni de supervivencia y que ve a todos los civiles que están a su lado como potenciales enemigos y subversivos, que deben ser eliminados en nombre de las instituciones y de la patria y cuyas acciones están justificadas de antemano por esos valores supremos de defensa de la tradición, la familia y la propiedad.

Desde luego, lo acontecido con los desaparecidos del Palacio de Justicia no es un hecho accidental, sino “el producto de una máquina en movimiento debidamente planeada y organizada” (pág. 157).

El otro aspecto que se recrea con sumo cuidado en esta novela es el de la tragedia de los familiares de los desaparecidos, todo su sufrimiento cotidiano desde el mismo instante en que comprobaron que sus esposos, hermanos, hermanas, padres, primos, sobrinos habían desaparecido. Todos ellos sufren una condena que arrastran hasta el final de sus días, la de vivir sin los otros, una condena que como una cadena de dolor llevan consigo miles sino millones de colombianos. Bety, la esposa de Ramiro Díaz, lo dice con profundo sentimiento: “quién se había tomado el derecho de condenarnos a vivir sin los otros” (pág. 157).

Algunos dirán algo similar a lo que se ha dicho en forma reiterada sobre *Cien años de soledad* con relación a la Masacre de las bananeras, que ese hecho nunca existió y que solo ha sido producto de la imaginación desbordada de su autor. No sobrarán, en esa perspectiva, quienes digan que todo lo que menciona González Santos es una invención, que es producto de la ficción, o que es pura literatura. Eso difícilmente es defendible, por la sencilla razón que en Colombia la cruda realidad es tan inadmisiblemente, que a la larga resulta ser más novelesca que la ficción más imaginativa.

Para terminar, debe recalcar un hecho en apariencia secundario pero pleno de significado. Una de las desaparecidas, Cristina Guarín, era licenciada en Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional y el autor de este gran libro también es licenciado de esa misma universidad. Y aunque la protagonista del libro no sea la educadora que fue borrada de la vida y lanzada a las brumas del olvido, con esta obra se le está rindiendo un tributo a una persona que es parte entrañable de la memoria de la comunidad universitaria que forma

educadores en el país, comunidad a la que también me enorgullezco de pertenecer.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

Una verdad que incomoda

**El Palacio de Justicia.
Una tragedia colombiana**

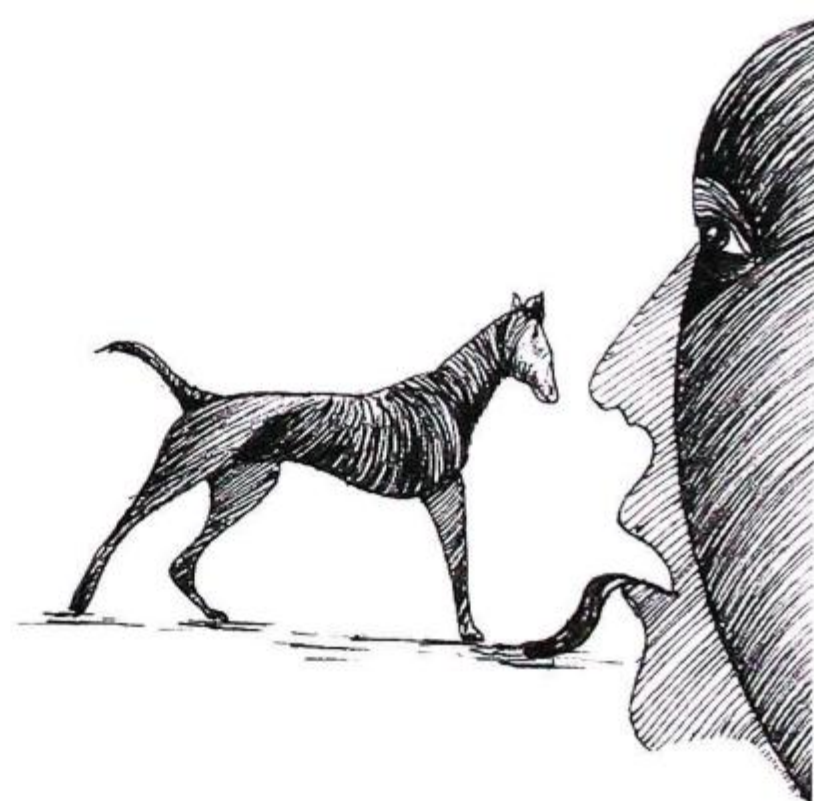
Ana Carrigan

Icono Editorial, Bogotá, 2009,
362 págs.

La memoria se ha convertido en un tema importante, tanto en las ciencias sociales, como en la actividad política en muchos lugares de nuestro continente, porque ha sido una forma de resistencia y lucha contra la impunidad de los crímenes de Estado. Diversos países de América Latina sufrieron en carne propia crueles dictaduras, anticomunistas y de seguridad nacional, respaldadas por los Estados Unidos, tales como fueron los casos de Guatemala, Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, Bolivia, Paraguay, Nicaragua, Salvador, Haití, Honduras... En estos países se destruyeron a sangre y fuego procesos de democratización y/o de liberación nacional, borrando de paso cualquier posibilidad de construir otro modelo de sociedad que beneficiara a las clases subalternas. Por esta razón histórica, la reivindicación de la memoria y la simultánea lucha contra el olvido —promovido por los poderes dominantes a escala nacional en cada país y en el plano internacional por los Estados Unidos— se han constituido en un importante asunto político que apunta a recordar la historia de los vencidos y a desenmascarar a los responsables de los genocidios que han enlutado a América Latina en los últimos decenios.

En el caso de Colombia, en los temas de verdad y memoria ha co-

brado especial significación uno de los hechos más traumáticos de nuestra historia contemporánea, como fue la toma y destrucción del Palacio de Justicia durante los días 6 y 7 de noviembre de 1985. Sobre este acontecimiento, —en medio de muchas dificultades y superando obstáculos de diversa índole— se ha librado una doble acción: por un lado, el intento de reconstruir la verdad de lo que aconteció en el interior del Palacio de Justicia y, por otro, la movilización de los familiares de las personas desaparecidas en la niebla de la impunidad de esos fatídicos días para establecer donde están sus deudos. Sin duda, estos procesos han dado un gran paso adelante con la publicación en español del libro de Ana Carrigan sobre la tragedia del Palacio de Justicia.



Ana Carrigan, una periodista colomboirlandesa, hace una significativa contribución a la historia y a la memoria del país, al rastrear la verdad de lo que aconteció durante aquellas fatídicas 28 horas de noviembre de 1985. Carrigan se obsesionó con el tema desde el mismo día de los hechos, porque estaba en ese momento en Bogotá, y pudo captar el tenso ambiente que se respiraba en la capital, mientras ardía el edificio que albergaba a lo más granado de la rama jurisdiccional. Desde ese momento, ha dedicado gran parte de su vida a desentrañar lo que allí sucedió, puesto que aún después de publicar la primera edición del libro en inglés, en 1993,